

## EL DIABLO REZA MAITINES

Eran las altas horas de la madrugada en el convento cuando se oyó, agudo y persistente, el sonido de una campana. En los lugares religiosos donde se vive en comunidad, las campanas suenan casi siempre para avisar acerca de una obligación: la hora de despertar del sueño y comenzar el día, la de acudir al coro para los rezos, la de guardar silencio, la del fin de la recreación. . . En cambio pocas veces suena para cosas más llevaderas; como para llamar al refectorio, por ejemplo. Los frailes habían expresado sus quejas muchas veces al Hermano Agapito, el campanero. Era demasiado persistente y largo en el uso de la campana. Por un exceso de celo en cuanto a su obligación, quizá; o más probablemente como un gesto de cariñosa venganza hacia sus hermanos: al fin y al cabo era él quien había de levantarse de la cama el primero cada mañana. Algunos frailes decían, con un suave toque de malicia, que el Padre Abad había elegido para el oficio de avisos cimbaleros al Hermano Agapito en atención a su nombre. Y es que el humor no tiene porqué faltar de los conventos, ni aún de aquéllos en los que no se habla.

Los frailes comenzaron a abandonar el lecho e iban saliendo de sus celdas. Caminaban por el corredor que conducía a la capilla al tiempo que sus pasos, lentos y todavía inseguros, dejaban adivinar la persistencia del sueño. Al fin, al cabo de poco minutos, con el mismo orden e idéntica rutina de siempre, fueron ocupando sus asientos y abriendo sus libros. Estaba a punto de empezar el canto de Maitines. Se escuchó un bostezo medio ahogado y alguna que otra tos que se perdió entre el conjunto.

De repente, el Hermano Pedro se sintió invadido de un escalofrío. Era un simple lego a quien las reformas del Concilio no habían logrado elevarlo por encima de su condición. Según algunos frailes, porque él tampoco se lo había propuesto. Según otros, porque formaba parte de la especie en extinción de los que no estaban convencidos de algunas doctrinas conciliares: en este caso de las que se referían a la supresión de categorías en los conventos, o las mismas que pretendían evitar poner excesivo énfasis en el papel de la autoridad. El Hermano Pedro había ido a ocupar su asiento, como siempre, al fondo de la capilla, muy cerca del trascoro. Y fue allí donde dio comienzo nuestra historia.

El Hermano Pedro no tardó en advertir que la puerta trasera, que apenas si alguna vez se utilizaba, había comenzado a abrirse lentamente. Fue el momento en que una extraña sacudida le recorrió la espalda, aun antes de que sus ojos percibieran nada. Hasta que, no sin cierto temor, se decidió a volver la cabeza y mirar detrás de sí.

Efectivamente. A través de la portezuela hacía en aquel momento su entrada un individuo (¿pero era un individuo?) jamás visto ni imaginado por él. Sería inútil tratar de describir aquí, o bien fuera su aspecto, o bien fuera la impresión que su vista causó en nuestro infeliz Hermano. El cual no empleó mucho tiempo en pensar que podía tratarse del Diablo, puesto que tenía todas las trazas de serlo. Vestía el mismo hábito de los frailes, como si fuera otro de ellos, aunque bajo la capucha asomaba un rostro que, además de producir una sensación angustiosa, hubiera provocado la huida si acaso las piernas de nuestro fraile se lo hubieran permitido. Sin duda alguna que, en cuanto a describir lo que asomaba bajo la capucha, no podía hacerse cosa mejor que la de renunciar a hacerlo. Con todo, el intenso miedo no pudo impedir que el Hermano Pedro se sintiera seguro

acerca de lo que veía. Porque *aquello* que tenía ante sus ojos era indudablemente Satanás.

Así fue como el desgraciado, tan rápidamente como pudo, intentó ahogar un grito:

—¿Pero tú...? ¿Eres... Satanás...?

—No te asustes. No pienso hacerte daño— le aseguró el Diablo.

Y el Hermano Pedro:

—Pero, ¿y los frailes...?

—Tranquilo, enano— contestó Satanás, en cuya voz cavernosa, pese a todo, se adivinaba el intento de calmarlo.

—Ninguno puede verme. Y aunque me vieran, preferirían pensar que soy un fantasma antes que creer que soy yo. Recuerda que en la *Nueva Iglesia* no existimos ni yo ni el Infierno. ¡Es pasmoso lo imbéciles que sois los humanos...! Figúrate que hasta yo mismo, siendo quien soy, me sorprendo de las fantasías y disparates que sois capaces de aceptar, así como si no fuera nada. Que es justamente lo que os sucede cuando dais la espalda a la verdad y dejáis de creer en las realidades. Por ejemplo, para aclarar un tanto tu mente obtusa: Cuando aseguráis creer —o al menos así lo decís, pues ni yo mismo os entiendo a veces— en la dignidad y los derechos del hombre prescindiendo del de Arriba. O en una nueva y vaporosa *religión universal*, una vez implantada otra *Nueva Edad* que, a su vez, es más vaporosa todavía. O en la paz y la solidaridad universales conseguidas por vuestros propios medios. O en el llamado *Diálogo Ecuménico* — ¡pero qué maravillosos inventos hacéis, mi frailuco...!— que además, por lo que a mí respecta, me está acarreando numerosos clientes. O en una nueva teología *de visión más amplia y menos estrecha* —¿es así como se dice?—, que también me está produciendo abundantes frutos. O en lo mejor de todo, cual es ese misterioso *espíritu del Concilio*, que nadie sabe lo que es pero que otorga carta de legalidad para

todo, y a cuyo inteligente descubridor, ni yo mismo con todas mis artes diabólicas sería capaz de encontrar recompensa adecuada. . .

—Bueno, ya sabes. . . — Continuó el Demonio, que parecía dar muestras de sentirse satisfecho.

—Ahora, según decís vosotros, el de Arriba ya no condena a nadie, puesto que quiere la salvación de todos: ¡Gratis y sin esfuerzo alguno, menuda bicoca. . . ! Menos mal que es mentira, fraile patibulario, puesto que se empeñan en no dejarme más recurso que el de la jubilación. Afortunadamente todos los imbéciles del mundo creen en eso. O tal vez hacen como que se lo creen, puesto que a veces ni yo mismo lo comprendo; su credulidad es tan estúpida que hasta llego a pensar si no me estarán engañando: ¡A mí, el Padre de la Mentira. . . ! Y es que, mi frailuco, en cuanto a cerebros retorcidos no puedes imaginarte lo que hay por ahí; a veces hasta me preocupo y estoy a punto de creer que a poco que me descuide me superan.

El Diablo se detuvo un momento para tomarse un respiro que al Hermano Pedro le pareció un respingo. Enseguida continuó:

—Pero tú, en cambio, me tienes miedo y por eso te respeto. Y por supuesto que no me molesto en dialogar con los necios que niegan mi existencia; si bien he de reconocer que me siento adulado y que me halagan. Por eso cuentan con mi jeta, que es lo que único que puedo mostrarles desde que no soy capaz de experimentar simpatía.

El Hermano Pedro comenzaba a recobrar el aliento.

—Pero entonces, ¿a qué has venido aquí. . . ?

El Diablo no tardó en responder, no sin antes trazar una especie de mueca que tal vez pretendía ser una risotada:

—Pero Pedro, ¿tú también haces preguntas estúpidas. . . ? ¿A qué se viene al coro? Pues a rezar, idiota.

El Hermano Pedro se sentía cada vez más asombrado:

—Pero, ¿acaso rezan los demonios. . . ?

La pausa del fraile para tomar aliento fue aprovechada en el acto por el Demonio:

—Pues claro que sí, necio malnacido. ¿Y por qué no íbamos a rezar? ¡Pero si es uno de nuestros negocios más lucrativos, hijo de [*censurado*]. . . ! Te lo voy a explicar para que lo comprendas enseguida. Precisamente no hace tanto tiempo que he celebrado una sesión de oración, con ribetes de alto rango, acompañado de los principales colaboradores que tengo en vuestro Mundo. Imposible que te imagines, ni de lejos, el fruto que obtengo con tales representaciones. Pues he de reconocerte, insecto insignificante, que siempre he sentido pasión por el teatro; quiero decir cuando pretende aparecer como realidad: ¡Si tuvieras idea de la actualidad y del transcendental papel que tiene la farsa en vuestro mundo de hoy! Pero lo más importante de todo es lo mucho que me divierto con todo eso.

A estas alturas el Hermano Pedro ya había logrado un cierto dominio de sí mismo:

—Pero yo siempre he oído decir que al Diablo no le gusta perder el tiempo. ¿No será todo eso un desperdicio de tiempo, y no contribuirá a difundir, siquiera sea de alguna manera, la práctica de la oración?

Nuevo respingo de Satanás.

—Vosotros, los humanos, siempre pensando con el [*censurado*]. No tenéis remedio. En primer lugar, es verdad que yo nunca pierdo el tiempo. Entre otras razones, porque no lo tengo. Mi asquerosa existencia transcurre en la eternidad, donde no existe el tiempo, pues allí fue donde me puso ese maldito al que llamáis. . . , bueno, ya sabes. Pero es que además —y esto es lo más importante— no tienes idea de lo productivo que resulta ridiculizar una práctica del culto tan desgraciadamente importante como es la oración. Cuando los bobos e ingenuos de tus congéneres ven rezando (¡?) a los míos, quedan

más confirmados en la idea de que la oración es un camelo. En este sentido, a partir del último Concilio, he de reconocer —con mi plena aprobación, ya que no puedo decir con mi total agrado— que las cosas nos han sido puestas a huevo. En ese mundo vuestro, muchos de mis secuaces piensan —siempre imbéciles, además de [*censurado*]— que me hacen el mayor favor difundiendo marranadas por los *media*; multiplicando desde la escuela la propaganda atea; haciendo creer a todos los ingenuos del mundo que las mayores aberraciones, impropias hasta de los animales, son logros del progreso. . . Pero no, mi odiado Pedro. Aun reconociendo que todo eso es estupendo, sin embargo son precisamente los actos de vuestros nuevos cultos, y esas cosas a las que continuáis llamando funciones litúrgicas, nuestros mejores medios de producción.

Y aquí el Diablo abrió más los ojos y lanzó una mirada en derredor. Exhaló un rugido que, por las trazas, parecía como que intentaba ser de gozo. Evidentemente Satanás se sentía satisfecho por aquello. Consintió en una ligera pausa y enseguida continuó:

—Por supuesto que no creéis en esas *funciones* —en las que a veces pienso que sobra lo de *litúrgicas*—. Las cuales además las habéis emparejado con el ridículo y la farsa. Pero, ¿qué digo. . . ? ¡Si lo mejor de todo es la predicación! Al fin he conseguido que todos vosotros, frailes, curas, Obispos y Cardenales, prediquéis como yo mando. . . ! ¡Es impresionante la facilidad con la que estáis consiguiendo aburrir a la gente! Por supuesto que sin proclamar nunca la que sería la recta doctrina, sin aludir a los verdaderos problemas que afectan a los que tenéis encomendados, sin denunciar nunca las verdaderas raíces del mal. . . , además de estar siempre pendientes de lo que dirán y de lo que pensarán ciertos otros. . . Y más que todo eso, porque hasta los más infelices son capaces de darse cuenta de que lo que predicáis es completamente ajeno a sus vidas y a sus problemas: ¡Es genial! Te

digo, Pedro, que de poder reír lo haría con gusto cuando veo, por ejemplo, a vuestros *progres* lanzar otra nueva película contra Ése a quien llamáis *Jesucristo*. ¡Infelices...! Siempre hacen daño esas cosas, por supuesto; aunque nada comparable a la productiva labor de mis mejores agentes: los mismos que precisamente he situado dentro de vuestro propio entorno...

Al Hermano Pedro casi se le escapa un grito:

—¿Qué quieres decir con eso?

El Diablo pareció ponerse más furioso:

—¿Me preguntas qué es lo que trato de decir? Pues verás... Un instante, por favor.

El Hermano Pedro creyó haber encontrado el momento para interrumpir al Diablo.

—Me estás hablando —apuntó tímidamente el fraile— y acabo de caer en la cuenta de que no puedo creer nada de lo que me dices. Siempre he oído que eres el Gran Mentiroso y el Padre de todos los Mentirosos.

El Diablo hizo un guiño, soltó algo que parecía un bufido y miró fijamente al fraile.

—Me halagaría eso que me dices si no fuera porque es verdad. Y procura darte cuenta de una vez que me molesta cualquier cosa que se parezca a la verdad, siquiera sea de lejos. Por lo demás, siempre seréis igual de idiotas los humanos. Por supuesto que digo siempre la mentira... , menos cuando me conviene decir la verdad, claro está. Aunque en los últimos tiempos he inventado un procedimiento que es todavía mejor. Consiste en lo siguiente, y te vas a asombrar. Escucha atentamente. Has de saber, insignificante fraile, que a la inmensa muchedumbre de descerebrados que me siguen y admiran, les he enseñado el procedimiento mágico. Un maravilloso invento, sin duda alguna. Consiste en utilizar palabras que suenan bien al oído y que se

refieren a cosas que suscitan la admiración de los que no piensan. Y no necesito decirte, porque además la cosa cuenta a mi favor, con que hoy en día, eso de pensar casi nadie lo practica. Pues bien, frailuco: todo lo que hay que hacer es cambiar disimuladamente el significado de las palabras y, si es posible incluso, colar de matute el sentido opuesto.

—Escucha esto porque lo vas a comprender enseguida— continuó el Diablo.

—He conseguido, por ejemplo, con vocablos como el de *progresismo* o el de *cultura*, cosas maravillosas. Gracias a las investigaciones realizadas por mí y mis expertos en nuestros laboratorios —omitiré lo de infernales porque lo vas a interpretar mal—, no puedes imaginarte a cuánto asciende el número de idiotas que he logrado engañar. A mí se debe —¡a mí y solamente a mí!— que ahora sean calificadas como *progreso* formas de comportamiento que, en realidad, no son sino canallescas. Pero que efectivamente hacen *progresar* sin falta a quienes las practican. . . , hacia mis deliciosas moradas, donde *cariñosamente* les aguardo y les preparo la bienvenida. En cuanto a la *cultura* —esta vez puedes creerme si te digo que hasta yo mismo, con todo mi saber, me asombro cuando veo hasta dónde puede llegar la estupidez humana—, en cuanto a la *cultura*, digo, no puedes imaginar las cosas a las que llaman así, por ejemplo, la panda de mis amigos españoles que se autodenominan *intelectuales*. Y es que vosotros, los humanos, a cualquier cosa le llamáis mariposa. No tenéis remedio, ¿eh. . . ? Estos tales *intelectuales* —¡qué manera de estercolar el sentido de las palabras!— son capaces, por ejemplo, de *fabricar* películas, en las campañas que libran a mi favor, que ni siquiera yo mismo, con todas mis diabólicas facultades, soy capaz de aguantar. Y luego, para colmo —si pudiera reír, resultaría hasta divertido—, aparecen mis amigos de nuestra sucursal en Norte América y le con-

ceden un premio a alguna de ellas. La verdad es que aún no termino de comprenderos... Pero me parece que nos estamos saliendo de tema.

El Diablo carraspeó y pareció tomar aliento, antes de continuar.

—Te iba diciendo, aborrecido Pedro, que a veces digo la verdad. Solamente cuando me conviene, por supuesto; o bien cuando creo que voy a obtener con ella algún provecho. Recuerda, por ejemplo, cuando le dije a vuestro Jefe que le daría toda la gloria del mundo, puesto que me había sido entregado en posesión, si me adoraba (Lc 4:6). En aquella ocasión dije la verdad, como demuestra el hecho de que hasta Él me dio la razón cuando me llamó *príncipe de este mundo* (Jn 12:31). Cosa que, si por un lado me halaga, por otro me [*censurado*] que ambos estemos de acuerdo en algo, siquiera sea en una cosa.

El entusiasmo de Satanás parecía ir en aumento. El Hermano Pedro, que no hubiera sabido decir si aquello era rabia apasionada o pasión rabiosa, no pudo contenerse:

—¡Ten cuidado, que nos van a oír lo frailes!

—¡Calla, memo, que hasta me emociono...!— Y el Diablo continuó:

—¡Conservar las palabras y cambiar su significado...! Pero ¿qué diablos? ¿Si ha sido el mayor éxito que he conseguido desde hace varios siglos...! ¿Te imaginas adónde he llegado, gracias a eso, desde el momento en que se os ocurrió celebrar el último Concilio? ¿Y a qué piensas tú que se debe el desbarajuste y la confusión que se ha organizado en ese engendro que vosotros llamáis *vuestra Iglesia*? Muchacho, ¡esto sí que es sacar provecho de una cosa...!

Salto emocionado de Satanás y nuevo ruido que el Hermano Pedro no supo calificar. O tal vez porque se avergonzaba de lo que se le vino a la mente acerca de lo que podía ser. Con todo, aprovechó la breve pausa para preguntar:

—Pero Satanás —¿puedo llamarte así?—, me has dicho antes que a veces celebras con tus más importantes colaboradores jornadas de oración. Pero no lo entiendo, pues sigo pensando que, de una manera o de otra, eso va a contribuir a fomentar la fe de la gente.

El Diablo esbozó algo que, por primera vez, pareció recordar a una sonrisa. De todas formas soltó una risotada.

—¿La fe de la gente, dices?— Nuevo rugido-carcajada, aunque acompañado esta vez de exabruptos que —siempre la censura— no ha sido posible transcribir.

—Por supuesto— continuó —que en esas *cosas* se habla de Dios, de la paz, del diálogo y del entendimiento entre los hombres, de una religión universal válida para todos. . . Pero chico, ¡todo eso es alimento para la incredulidad! ¿Te imaginas, por ejemplo, lo que significa hacer creer a la gente que el único Dios que existe es tan bueno como para aceptarlos a todos, que a Él no puede importarle que los hombres sean buenos o malos, que respondan o que no respondan al llamamiento de eso que llamáis su *Amor*, que por su parte está dispuesto a pasar por todas, que todas las religiones son iguales, y que todo lo que hagáis, sea lo que sea, bueno o malo, es estupendo? Si conseguimos que la gente crea eso —y lo estamos consiguiendo, pues para eso tengo bien entrenados a mis colaboradores—, ¡albricias y [*censurado*]. . . ! ¡Porque así es como habremos logrado que el mundo crea en un Dios idiota. . . !

El Hermano Pedro se sobresaltó al oír la blasfemia:

—¡Por todos los santos, Satanás! ¡No digas disparates. . . !

El Demonio sintió un repeluzno que, en situación normal, tendría que haber sido de gozo:

—¿Los santos. . . ? ¿Has dicho los santos, desgraciado. . . ? ¡Pero si ésa ha sido una de mis mejores jugadas de los últimos tiempos. . . ! ¡Cuánto siento no poder dar saltos de gozo! Sí, sí; ya sé que puedo dar saltos, desde luego; pero no de gozo. Pues verás. . .

Nueva, y esta vez nerviosa interrupción del Hermano Pedro. Al fin se decidió a hablar:

—¡Bueno, bueno...! Pero es que estoy pensando que los frailes habrán terminado ya sus rezos.

—Tranquilo, fraile infeliz... —continuó Satanás— Lo he previsto y he abierto un paréntesis en la estructura del tiempo para detenerlo. No los han terminado. En realidad tendría que decir que ni siquiera los han comenzado, pues rezan con la maravillosa rutina a la que ya están acostumbrados. Además apenas si creen en lo que dicen. Es otro de los grandes logros, conseguidos por mí y mis agentes, en los conventos y monasterios de la dorada era postconciliar. Y porque no quiero hablarte de los de monjas, mi cándido y despreciable fraile: ¡Si te contara...! A propósito: ¿No has visto a tu Abad? Al principio me costó algún esfuerzo; pero al fin pude conseguir que aprendiera a mirar el mundo a través de un canuto.

El Hermano Pedro abrió la boca con asombro, hasta que por último pudo continuar:

—¿Por un canuto, dices...?

—¡Claro, hombre...! Este sujeto, como cualquiera de vosotros los que os llamáis con el aborrecible nombre de cristianos, pero sobre todo como Abad, tendría que haber abierto su corazón a las cosas de lo Alto... ¿Cómo fue lo que dijo aquel maldito Saulo que al final se me escapó...? “Buscad las cosas de arriba”, o algo así y basta pues siento asco al recordarlo. O aquel otro desgraciado Obispucho africano —¿se llamaba Agustín?— que también decidió traicionarme y cambiar de chaqueta (a veces pienso que, acerca de este punto, el clero en general os parecéis mucho a los políticos). ¿Qué era lo que decía ese tipo...? ¡Ah, sí! Aquello de “Nos hiciste Señor para tí”, etc.

Aquí el Diablo lanzó un escupitajo que casi salpica al Hermano Pedro.

—Pues verás —continuó Satanás—. En vez de eso, tu Abad pensó que dedicarse a la política era más fructuoso que dedicarse a cultivar su vocación. ¡Olé los majos...! No puedes imaginarte la cantidad de curas y Obispos que he logrado encauzar por ese maravilloso camino. Algunos países, como España por ejemplo, están rebosantes de Abades políticos, Obispos políticos y curas políticos (si quieres, en vez de *políticos*, puedes poner *rojos*, que para ellos es sinónimo y además se sentirán más complacidos). ¡Chico, aquello es un paraíso...! (Y ya se me escapó otra vez la maldita palabra) ¿Te imaginas...? La religión convertida en ese país en política, y en política nacionalista e independentista además; que es lo mismo que decir política barata. ¡El Evangelio sustituido por el *Manifiesto Comunista*! ¿Quién da más? ¿Acaso no es eso mirar la religión y el mundo por un canuto?

Y aquí fue donde el Hermano Pedro comenzó a sentir un amago de disgusto. Pues venían a su mente cosas del Abad que parecían encajar bien en lo dicho por el Diablo. Pero entonces, ¡caramba...! ¿Será cierto que a veces Satanás dice la verdad...?

—Bien, bien. Pero habías dicho no sé qué cosa de los santos.

El Demonio se sintió sumergido en un sentimiento que normalmente tendría que haber sido de halago. Pero que filtrado a través de su naturaleza no pasó de ser un bufido; diabólico, pero bufido al fin.

—¡Ah, sí, los santos...! Oye, chico, porque estoy convencido de que soy un Diablo *guay*. ¡Qué éxito, pero qué éxito...! Pues verás; no sé si te habrás dado cuenta de que esos tales llamados *santos* han sido siempre gente bastante molesta. O seguramente sí que lo habrás observado. También sabes que, a lo largo de los siglos, me han robado a muchos y los han apartado definitivamente de mi lado. Y como han sido demasiados los que me han arrebatado, tuve que llegar a la conclusión de que había que eliminarlos (a los santos, quiero decir).

O al menos acabar de una vez con la devoción de la gente simple hacia ellos. Algo acerca de lo cual he de reconocer que, después de veinte siglos, jamás había podido conseguir. Hasta que ha llegado este momento, chico, gracias a la maravillosa etapa postconciliar. ¡Al fin...! ¡Pues claro, hombre...! ¡La que llaman la época del *nuevo Adviento* y de la *Primavera eclesial*! En realidad yo la habría llamado época de *bendición* de no ser porque odio esa palabra; así que he rebajado la cosa y la he dejado reducida a *tiempo de regocijo y de buena cosecha*. Una retahíla de palabras, es cierto, pero que al menos tiene la ventaja de significar algo específico. Porque, frailucho mío, en el mundo de los curas y de los frailes tenéis tan asombrosa facilidad para hacer frases rimbombantes, de esas que nadie sabe lo que significan, que ya, ya... *Primavera Eclesial...*, *La Iglesia del Nuevo Adviento...* Me pregunto cómo lo lográis. Por mi parte, reconozco que, si bien soy bastante capaz de fabricar andanadas de mentiras, me resulta en cambio imposible inventar esas sartas de melindres.

El Hermano Pedro, que había quedado intrigado con lo de los santos, comenzaba a desesperar en cuanto a llegar a conocer el truco empleado por el Padre de las Mentiras.

—Pero, ¿qué hay del procedimiento ése que dices de los santos?

Aquí un nuevo bufido, esta vez casi de asombro.

—Pero, ¿es que no lo adivinas? Economía, muchacho, pura Economía. Para conseguir lo que pretendía, solamente tuve que aplicar la ley de la *saturación del mercado*. Resultado infalible. Deberías saber que la Economía es una Ciencia importante, que debes estudiar. En realidad te bastaría con dos tardes, que así es como lo hacen mis colaboradores y, según ellos, ya es más que suficiente. Pero deja que te explique la ley de la *saturación del mercado* porque te vas a asombrar del ingenio que contiene.

El Hermano Pedro comenzó a mirar al Diablo con desconfianza. Hasta que al fin se dio cuenta de que, en definitiva, no podía existir otra manera de mirar a tal personaje. Sin duda que en este momento el Mentiroso estaba urdiendo alguna de las suyas. Carraspeó y comenzó a hablar tímidamente:

—¿Y dices que eso de la *saturación del mercado* es una ley económica? ¿Y qué tiene que ver la Economía con los santos?

—Mucho, imbécil, mucho. Ignoras que lo esencial del marxismo está edificado sobre el cimiento de la Economía. Francamente, no sé qué hubiera hecho mi amigo Marx sin ella. Yo mismo no sabría cómo agradecerle la cantidad de gente que ha llevado a mi Mansión. Sí, sí, a esa misma que dicen los expertos que está vacía. Te digo que a veces, cuando los oigo hablar, pienso que confunden mi Morada con sus cabezas. Y luego están además las Altas Finanzas, los grandes Bancos. . . , ¡Cómo me regocijaría, si pudiera, cuando pienso en esto. . . ! Con tales instrumentos, y con el enorme potencial de manejo que proporcionan, he logrado introducirme incluso en el [*censurado*]. ¡Huy, chico, pero es que el sucedáneo de alegría que me permiten a pesar de todo, me distrae. . . ! Pero, en fin, volvamos a tus santos.

El Hermano Pedro no hubiera salido de su asombro si el hecho mismo de estar hablando con el Diablo no fuera ya asombroso. Le sobresaltaron un nuevo respingo y un nuevo grito del Demonio dirigidos a él:

—No pongas cara de bobo. No entiendo tu asombro por estar hablando conmigo. Si supieras la cantidad de gente que trata constantemente conmigo como si fuera la cosa más natural del mundo. . . Además, quédate tranquilo. Quizá te calme saber que los [*censurado*] de Arriba, que son quienes me han permitido hablar contigo, me han impuesto la condición de que te diga en todo momento la verdad. ¡Imagina. . . ! ¿Podían haberme insultado más gravemente?

—Pues verás —continuó Satanás—, la ley de la *saturación del mercado* es sencilla pero infalible. Y aplicada a los santos, sus resultados son espectaculares. ¿Borrar, de una vez por todas, la devoción de los bobos y simples hacia ellos...? Fácil. Te pondré un ejemplo para que tu cerebro de batracio lo entienda: Los diamantes son cosa rara, preciosa y muy escasa; y de ahí que sean valorados en tan alto precio. Pero imagina que, de pronto, inundamos el mercado con ellos y los hacemos tan numerosos y fáciles de adquirir como las patatas. ¿Entiendes lo que sucedería...? Automáticamente perderían su valor y la gente dejaría de apreciarlos y de buscarlos.

—¿*Me pillas*, como decís ahora vosotros? —siguió el Demonio—. O como dicen los tontos que se atiborran de películas bélicas y piensan que saben inglés: ¿*Me copias*...? Permite que te diga que los necios que se las dan de entendidos y de *progres* son bien capaces a veces de ponerme en peligro de reventar de risa. Aunque también es cierto que ninguno de ellos supera en ridículo a los *intelectuales* españoles; y más que nada a los pertenecientes al gremio de esa cosa que ellos llaman *cine* y *cultura*, los cuales son sin duda alguna los más proclives a acabar conmigo a carcajadas. Menos mal que no puedo reírme.

—Pero sigo, pues estoy empezando a preocuparme. Veo que utilizo más paréntesis que un periodista barato—. Nuevo carraspeo y otro salto.

—Mírame y escucha, ¡insecto de cuarto trastero! Todo es cuestión de aumentar el número de santos indefinidamente y sin interrupción. ¡Es genial...! Hasta ahora vosotros, los simples, pensabais en los santos como seres extraordinarios. Eran vuestros campeones en la fe, vuestros modelos a los que imitar y los intercesores a los que acudir. Muy bien; pero eso era hasta los tiempos modernos. Ahora todo el mundo tiene un santo bien cercano: o bien un cuñado, o un primo

lejano, o un vecino del piso de arriba. ¿Adivinas el resultado? Ya no parecen campeones de grandes hazañas ni raros por su escasez. En cuanto a lo de intercesores a los que acudir, la cosa se pone difícil, porque, ¿quién no ha conocido a su vecino de arriba, o sabido de su primo lejano, y hasta a veces discutido con su cuñado...? Cosas todas imposibles de imaginar cuando los santos eran proclamados como tales después de luengos años, y hasta de varios siglos.

—¿No te parece que exageras?— interrumpió el Hermano Pedro.

Esta vez el Demonio no dio señales de hacerle mucho caso:

—Bueno; pero la exageración no es mas que la verdad con acento.

—Pero tengo la impresión de que te agradan las proclamaciones de nuevos santos— insistió el Hermano Pedro.

Ahora le llameaban más los ojos a Satanás. Y continuó:

—Cuando son abundantes, sí. Incluso a veces yo mismo las promuevo, asómbrate. Hay ocasiones en que existen fuertes intereses en determinados Círculos que necesitan ensalzar a alguien en particular. Hay mucho en juego, ya sabes, y a mí me conviene; aunque en ocasiones las cosas no resultan demasiado fáciles.

—Por otra parte, debes comprender mis esfuerzos por la *economía del mercado* —continuó el Demonio después de una especie de respiro—. ¡He abaratado la santidad, Pedro! Reconoce conmigo que antes resultaba demasiado cara y difícil. Acciones heroicas, mortificaciones terribles, tomar el Amor a Dios y el Evangelio en serio... Sobre todo esto último, Pedro, es lo que yo no he podido soportar nunca: ¡Tomar el Evangelio en serio! ¡Qué disparate...! Pero, vamos a ver: ¿Para qué están entonces los Documentos emanados de las Conferencias Episcopales, el numeroso y desconocido número de los referentes a la Doctrina Social, los melosos Escritos cursis de algunas fundadoras y fundadores, los Discursos y Exhortaciones de muchos Obispos dotados de la facultad de no dar nunca en

el clavo, los escritos y doctrinas de los teólogos de vanguardia, los emocionantes y punzantes artículos —me olvidaba del periodismo— de *L'Osservatore Romano*. . . ? ¿Acaso los cristianos no tendrían que estarme agradecidos desde el momento en que, gracias a mi campaña por el abaratamiento de la vida cristiana, cualquiera puede ser santo. . . ? Piensa, Hermano Pedro, aunque no sea esa la función que los frailes acostumbráis a realizar: Bastaría, por ejemplo, con escribir algún libro sobre, digamos por caso, *La Democracia y el Auge de la Espiritualidad en el Siglo XX* y ¡zas, ya está. . . ! Pero en fin, no quiero asustarte. Dejemos a los santos y pasemos a otra cosa.

—¿Qué te parece todo esto, fraile infeliz? —el Diabolo se iba exaltando cada vez más— No solamente he abaratado la santidad, sino que ¡he abaratado también la salvación. . . ! Fíjate bien: ¡A partir de ahora, gratis y para todo el mundo. . . !

—¿Dices que salvación gratis y para todo el mundo? ¿Y que eso es obra tuya? Pero entonces. . . — El Hermano Pedro empezaba a sentirse aturdido y ya no sabía qué pensar.

—¡Si, hombre, sí. . . ! ¡Una obra maestra! Deja que te explique. ¡Ah, los humanos, ¡siempre con vuestro cerebro de mosquito. . . ! Pero escucha:

—Vuestro Jefe había puesto demasiado caro el billete de ida para eso que llamáis *el Cielo*. Que si perder la propia vida. Que si negarse a sí mismo. Que si la senda estrecha y empinada por la que camina poca gente; puesta a su vez en contraste con la otra, ancha y fácil, por la que circulan la mayoría de los humanos. . . Te digo Pedro que hoy día, entre tantas consultas y tantos sondeos de opinión de los que hacéis gala, esta estadística de vuestro Jefe es la única veraz que conozco.

Un leve respiro y continuó Satanás, ante el asombro cada vez mayor del Hermano Pedro.

—Pero la salvación barata, o mejor aún la *salvación gratis*, que es la que supone que el hombre nada ha de hacer por su parte, se basa en las maravillosas nuevas doctrinas del *cristianismo anónimo* y de la *unión de Cristo con todos los hombres*. Ya sabes; todo eso. Ahora basta con la recién descubierta infinita dignidad del hombre, gracias a la unión que con él ha procurado vuestro Jefe por medio de eso que llamáis *Encarnación*. Hermano Pedro, ¡pero si estaría por abrazarte si no fuera yo Satanás. . . ! Ni yo mismo podía haberlo imaginado mejor. Piensa que ya no hace falta la Redención, ni la Fe, ni el Bautismo, ni la conversión, y en cuanto a la maldita Cruz. . . , ¡hala, al cuarto trastero con ella! Todos salvados, Pedro. Todos salvados porque todos son cristianos: lo sepan o no lo sepan, quieran o no quieran; ¡Estamos en la era del automatismo! Lo increíble. Un Amor en cierto modo infinito, pero que es indiferente al hecho de ser correspondido. . . o al de ser enviado. . . ¡Bueno, adónde sea. . . ! Casi sin pensarlo, Hermano Pedro, he conseguido que pase por bueno una especie de Dios que, de otro modo, cualquiera que reflexionara habría considerado como alguien poco inteligente.

—Pero aún he de contarte otro de mis últimos triunfos. En realidad otro gran hallazgo de los tiempos modernos. Esta vez se trata, nada menos, que de la ley de las *compatibilidades*.

El Hermano Pedro estuvo a punto de dar un respingo.

—¿Otra ley económica, o quizá para altos cargos?

—¡Bah. . . ! —Satanás pareció enfurecerse— Tu inutilidad es mayor que la de un agente pastoral laico *made in* el postconcilio. Tú te refieres a esas leyes que llaman de incompatibilidades. Pero la mía funciona al revés —la verdad es que todo lo mío funciona al revés—, puesto que hace compatibles las cosas más contrarias y disparatadas entre sí. Te explico:

—La primera compatibilidad consistió en acomodar el marxismo al Evangelio. O para decirte la verdad, cosa a la que me obligan los de Arriba, más bien en acomodar el evangelio al marxismo. No puedes imaginarte la cantidad de carnaza que nos ha proporcionado la que llamáis *Teología de la Liberación*.

—Luego vinieron las de los *nuevos católicos*. Y aquí una larga lista que es todo un encanto, muchacho: católicos tradicionalistas, católicos *progres*, católicos por el socialismo, católicos ya socialistas, católicos abortistas, católicos feministas, católicos divorciados, católicos no practicantes, católicos que no reconocen al Papa, católicos de conciencia autónoma, católicos liberales, católicos partidarios del diálogo, o del *espíritu conciliar*, o de la revisión de los dogmas... ¡Puf!, ¿y para qué seguir...? ¿Quién fue el idiota que quiso establecer la antítesis de *o blanco o negro*, cuando en realidad pueden coexistir los dos colores a la vez? ¿El gris, el justo medio, el centro...? No seas más tonto de lo que ya eres, Hermano Pedro: Todo eso de las medias tintas queda para vuestro famoso *espíritu de Diálogo*. Lo que yo he logrado es lo único bueno: ¡Blanco y negro a la vez...!

Nuevo salto de Satanás y nuevo respingo antes de continuar:

—Pero escucha, fraile de pacotilla. Una de las mejores *diabluras* inventadas por mí es la que utiliza ese invento vuestro de la *democracia*. Vuestro Jefe fundó una Iglesia monárquica, no cabe la menor duda, por más que muchos se esfuerzen ahora en ocultarlo o, al menos, en que se olvide. La cosa iba así: el Papa, para toda la Iglesia, los Obispos, cada uno de ellos como suprema cabeza y Pastor en su diócesis (a la vez que todos estaban sometidos al Papa)... Y hasta, si quieres, los humildes párrocos trabajando en sus parroquias, gobernando en ellas según su conciencia y su buen entender.

Aquí el Diablo hizo una pausa para mirar al fraile con ojos que querían ser de triunfo.

—¡Pero yo he conseguido, Hermano Pedro, introducir en vuestra Iglesia la idea de la necesidad de la democracia! Para lo cual he utilizado un trío de trucos que me han resultado como de dulce. Son el de la *Colegialidad*, uno de ellos, el de la *conveniencia del Diálogo* otro, y el mejor de los tres seguramente, conocido por los expertos como la *Promoción de los seglares*. Suena bien, ¿eh...? Desde ahora, el Papa debe contar con los Sínodos; los Obispos, a su vez, quedan controlados por las Conferencias Episcopales (y ya me preocupo yo de introducir en ellas grupos de presión, de éstos que mantienen una conexión directa conmigo). ¿Y los infelices párrocos? ¡A esos los he dejado sin trabajo, Pedro...! Fíjate bien: De la predicación se encargan los diáconos permanentes; de las lecturas y de la mitad de las funciones litúrgicas se encargan los laicos; las finanzas parroquiales quedan bajo la exclusiva responsabilidad de los laicos; la organización de la pastoral parroquial se somete a la tutela del Consejo Pastoral de laicos; la Liturgia es vigilada por la Comisión Parroquial de Liturgia formada por laicos; sin contar con la obligación del párroco de tener siempre en cuenta las celebraciones interconfesionales y, por lo tanto, lo que exija la buena convivencia con los hermanos separados; la... , bueno, creo que no desearás que continúe. Y sin duda estarás pensando si acaso queda alguna actividad exclusiva del párroco; pues claro que sí, hombre: la de firmar los cheques para pagar las facturas... , siempre que haya conseguido previamente la aprobación de la Comisión Parroquial de finanzas integrada por expertos laicos.

—Ni yo, que soy el Diablo— prosiguió Satanás —podía haber imaginado desde que fui arrojado de... —¡está bien, ya sabes de dónde!—, que un honesto trabajador y padre de familia llegara a

creer que se realiza mejor, como perfecto laico, tomando parte en las lecturas de la misa, distribuyendo eso que decís que es la *Eucaristía*, disponiendo de la liturgia y de la organización de la parroquia y, en fin, haciendo de perfecto sacristán pero como los generales; o sea, con mando en plaza. ¡La caraba, Hermano Pedro! Te digo que hasta ahora se me llenaba el Infierno de malvados; pero desde el Concilio, son principalmente los tontos los que me ocupan la mayor parte del espacio.

—Y lo más sabroso de todo, Hermano Pedro, lo más sabroso. Porque la Iglesia democrática, una vez cambiada su constitución interna, por supuesto que ya no sería la fundada por vuestro Jefe.

El Hermano Pedro comenzaba a sentirse molesto, además de cansado. Por otra parte, ¿y los frailes sus hermanos? ¿Habrían terminado ya los rezos? No le importó mostrar algunas muestras de fatiga delante del Diablo.

Que no dejó de darse cuenta de los sentimientos de su pupilo.

—Espera, Pedro. Pues he dejado para el final lo mejor. Mi éxito cumbre: ¡He logrado introducir otro foco de división en la Iglesia! ¡Y pensar que se llamaba a Sí misma Iglesia *Una* y no sé qué cosa más! ¿No se te ha ocurrido pensar lo que significa difundir entre los fieles el convencimiento de que ahora existen dos Magisterios diferentes y hasta contrapuestos? ¿El Preconciliar y el Postconciliar?

Con todo, el fraile aún encontró fuerzas para mostrar su disgusto y responder:

—Por muy Satanás que seas, sabes bien que no puede ser eso que dices. El Magisterio es único. Y además está el Papa, y la infalibilidad, y todo eso.

El gran Mentiroso dejó escapar un rugido rabioso.

—¿Pero qué dices, desgraciado...?

Iba a continuar cuando, sin saber cómo, todo apareció borroso para el Hermano Pedro. Sintió que lo envolvía la oscuridad, después de nuevo la luz, hasta que al fin escuchó como un sonido lejano.

Unos toques de campana le sacaron de su estado de confusión hasta causarle un fuerte sobresalto. El Hermano Pedro se sentía paralizado e intentaba desesperadamente moverse. Poco a poco fue adquiriendo la conciencia, hasta que se encontró en su lecho y dentro de su propia celda. Sudoroso, angustiado y hasta jadeante. ¿Pero entonces...? ¡De modo que todo había sido una horrible pesadilla...! El infeliz fraile estaba intentando respirar profundo, al mismo tiempo que se sentía algo así como un náufrago de varios días, a punto de morir y al fin rescatado del mar.

Vistió su hábito lo más rápidamente que pudo y, todavía sin reponerse del mal momento pasado, se encaminó a la capilla del convento. Oyó como los frailes entonaban ya los primeros versículos de Maitines: *Deus, in adiutórium meum intende...* El Hermano Pedro pasó a ocupar su asiento de siempre en el fondo del coro, mientras se disponía a abrir su libro. Cuando ya se preparaba para santiguarse, oyó un ruido a sus espaldas que le hizo volver la cabeza. Miró hacia atrás y no pudo reprimir un profundo escalofrío que le recorrió la espalda y lo llenó de pavor.

La puerta trasera del coro giraba sobre sus goznes al tiempo que, silenciosa y suavemente, se iba abriendo con mucha lentitud. Ni más ni menos que la suficiente como para inspirar profundo miedo ante lo desconocido y lo tremendo... , como algo acerca de lo cual el Hermano Pedro temía ciertamente que podía aparecer.